



MARIOLA
CUBELLS

MEJOR

QUE NUNCA

Felices, imbatibles
y pioneras


ESPASA

Mariola Cubells

MEJOR QUE NUNCA
Felices, imbatibles y pioneras



ESPASA

© Mariola Cubells Pavía, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Primera edición: octubre, 2023

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de cubierta: © Apéritif Studio
Fotografía de la autora (solapa): cortesía de la autora

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 15.363-2023
ISBN: 978-84-670-7119-1

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir los fragmentos de las obras protegidas que se citan en este libro, cuyos *copyrights* de relacionan en detalle al final del mismo, en la pág. 300.

Se han realizado todos los esfuerzos por contactar con los propietarios de los derechos de estas obras. Con todo, si esto no hubiera sido posible o el crédito no hubiera sido reflejado de forma correcta, el editor ruega que le sea comunicado para corregirlo en futuras ediciones.

Printed in Spain - Impreso en España
Impresión: Black Print



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. Nos vamos de viaje	11
1. La primera generación que... ..	19
2. De dónde venimos. Nuestra adolescencia, nuestros veinte años, nuestra madurez	43
3. De <i>Las chicas de oro</i> a <i>Sexo en Nueva York</i> , pasando por <i>Élite</i> o <i>Secretos de un matrimonio</i>	58
4. La bendita/maldita soledad	73
5. La maternidad, la no maternidad	94
6. Lo que el cine y la televisión nos contaron que íbamos a ser... ..	120
7. La edad es una actitud. ¿Invisibles para quién?	133
8. Los referentes. La generación de antes, mi profesora de Literatura	151
9. Me importa un bledo	161
10. Ellos, los hombres: los aliados y los otros. Y nuestros gays	174
11. El amor, ay, el amor	210
12. Qué hicimos antes de llegar aquí	231
13. Contra los tópicos: la menopausia es una etapa, no es una enfermedad	248
14. Cosas que no tuvimos, cosas que sí tendremos	257
15. Las llamadas de socorro, la culpa, la angustia	265

EPÍLOGO. Del duelo por Eva	281
BIBLIOGRAFÍA	291
AGRADECIMIENTOS	299

1

LA PRIMERA GENERACIÓN QUE...

No esperéis que el hombre os ayude a salir del marasmo, de la postración en la que yacéis: el hombre es muy egoísta y no abdica fácilmente de sus títulos de soberanía, de su centro del rey en el mundo de la inteligencia.

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER, *La mujer intelectual*¹.

Las mujeres de mi edad son las primeras que pueden llevar una vida sin sexo sin pasar por el convento. El matrimonio forzado se ha convertido en una cosa chocante. El deber conyugal ya no es una evidencia.

VIRGINIE DESPENTES, *Teoría King Kong*.

Una sociedad es grandiosa cuando hombres viejos siembran árboles sabiendo que nunca se sentarán en su sombra.

PROVERBIO GRIEGO².

¿Quiero hijos porque quiero ser admirada como el tipo de mujer admirable que los tiene, porque quiero ser vista como una mujer normal, o porque quiero ser la mejor mujer, una mujer no solo con trabajo, sino con el deseo y la capacidad de criar, con un cuerpo que puede hacer bebés? ¿Es justo obligar a alguien a vivir para evitar que nos arrepintamos?

SHEILA HETI, *Maternidad*.

¹ Compendio de artículos formulados como alegato contra la rutina y la sumisión y contra el papel secundario de la mujer en la sociedad.

² Aparece en una secuencia de la serie británica *After live*, creada en 2019 por Richy Gervais.

Me pregunto en qué he sido yo la primera mujer de toda mi familia, desde que esta se puso en pie. Y así, de pronto, se me ocurre que he sido la primera en acceder a la universidad y estudiar lo que quiso y dedicarse a lo que quiso. Sin esfuerzo, además, con toda naturalidad. También fui la primera en divorciarse, la primera en no seguir la estela de su madre en el ámbito doméstico, siendo incluso su reverso. La primera lectora voraz, la primera en elegirlo todo.

El listado en general es inmenso, pero atención a este dato fundamental. Son, somos, la primera generación que ha sido educada en un sistema, el heteropatriarcal —este término saldrá a menudo en estas páginas; ya sé que está manido, pero no he encontrado uno mejor—, más o menos severo, dependiendo de las casas que tocan, que ya ha educado a sus hijos y a sus hijas de manera radicalmente distinta, quitándose de encima el polvo y los tabúes, el ordeno y mando. La primera sin tutela emocional. La última cuna del machismo. Y eso lo ha cambiado todo: ha sido, está siendo, una auténtica revolución, un cambio de paradigma.

Crecimos metidas de lleno en la masculinidad hegemónica que es ese dominio total de los hombres en los valores, el conocimiento, la política, la cultura, lo social, lo doméstico. Y en buena medida los fuimos quebrando. Tras un montón de conversaciones con mujeres similares, tengo la sensación de pertenecer a un colectivo, a una tribu, a un grupo de mujeres con intereses comunes, con trayectorias parecidas, que hacen que podamos hablar de un lugar común. De ese diálogo parte este listado largo y fantástico, que salpicará todas las páginas del libro.

LA PRIMERA QUE HABLA DE TÚ A TÚ CON SUS HIJOS

Pienso en mi madre y yo cuando yo tenía 17 años y pienso en mi hija Carlota, que tiene esa edad ahora mismo, y yo, y es como si las dos situaciones se hubieran dado en dos planetas distintos. Somos la

primera generación en mantener una relación casi de igual a igual con sus niños, con sus adolescentes, con sus hijos adultos. Habla con ellos su mismo idioma, entiende sus cuitas, repite modelos a veces, es verdad, y «frases de madre que nunca pensó que diría», cierto, pero con una salvedad: es consciente de ello, de su caricatura.

Hay una anécdota buenísima que me destacaba la periodista Gemma Nierga cuando conversamos para este libro, ella recién salida de su programa de radio y televisión matinal *Cafè d'idées* en RTVE: «Podemos comprarnos ropa en las mismas tiendas». Y esto, que puede parecer banal, cuenta muchas cosas. Y une mucho también. Por ejemplo, mi hija empezó a asaltar mi armario a todas horas, hace ya algunos años, empezando apenas la adolescencia, y yo, pese a las broncas que le soltaba cuando de pronto no encontraba el pantalón de terciopelo negro que quería ponerme ese día, en el fondo sentía cosquillas de dicha. Y me decía, «una adolescente como ella que usa mi ropa, vaya, qué bonito». Ella misma me lo dejó claro un día, con sarcasmo, tras echar sapos y culebras por WhatsApp:

—Mamá, deberías sentirte orgullosa. Que te coja la ropa significa que tienes estilo... y que tienes mi misma talla, jeje.

Ahora ya es un no parar y ya me he resignado: cuando no encuentro a la primera esa falda concreta, me voy a por el vestido y en paz. Y sé que eso va a seguir así cuando yo cumpla 60 por dos motivos: uno, no voy a cambiar de estilo; dos, no voy a cambiar de chasis. Me preocupa mi cuerpo, cuidarme, abrazar la estética en todos los aspectos. Entraremos en esto más adelante.

Más cosas. Además de que nunca nos pusimos su ropa (por favor, vamos a recordar otra vez la necesidad de generalizar) y fuimos a tiendas diferentes a adquirirla, también tuvimos que soportar sus comentarios y sus miradas desaprobatorias si la falda era muy corta o la indumentaria poco apropiada a su criterio. Tampoco nos preocupamos demasiado de saber cuáles eran sus estados de ánimo, ni ellas nos lo comunicaban directamente. Nuestras hijas saben perfectamente que estamos cabreadas, porque a la mínima de cambio se lo contamos. Conocen bien la actividad doméstica necesaria para que todo funcione y han visto

cómo sus padres también las llevaban a cabo. Muchas han tenido canguro, han visto a una asistente en casa hacer esas tareas que nosotras encontrábamos hechas por arte de magia y que siempre hicieron ellas, nuestras madres. No se les estigmatizó en el colegio si de pronto sus padres se separaban (¿cuántas compañeras nuestras tuvieron padres divorciados?, ¿una?, ¿ninguna?). No dan por sentado que vamos a prepararles el desayuno, a partir de cierta edad. Nosotras viajamos, dormimos fuera de casa muchas veces, tenemos compromisos de trabajo que nos obligan a no cenar en casa o simplemente actividades lúdico-festivas que llevamos a cabo porque nos da la gana.

Nuestras hijas saben que si discutimos a todas horas con su padre puede que lo mejor sea separarse y puede incluso que nos lo aconsejen. Están acostumbradas a tener conversaciones durante las comidas, a recibir explicaciones prolijas sobre todo y afectos diversos. Las hemos acostumbrado a no tener que mentir para hacer la vida que quieren hacer, más o menos. Yo empecé a mentirle prontísimo a mi madre. Era difícil vivir acorde a sus expectativas, a sus mandatos, así que lo hacía a todas horas.

Yo diría que nosotras, hubiéramos leído o no el libro *El segundo sexo* —que Simone de Beauvoir escribió en 1949, cuando aún no habíamos nacido—, ya teníamos en la cabeza lo que ella pronosticó: «Los hijos no son el juguete de los padres, ni la realización de su necesidad de vivir, ni sucedáneos de sus necesidades insatisfechas. Los hijos son la obligación de formar seres dichosos».

LA PRIMERA EN DECIR «NO QUIERO LA VIDA DE MI MADRE»

La cineasta Isabel Coixet, pionera, tenaz, talentosa, se recuerda así misma con apenas cinco años, «y a mi padre dándome la paliza para que hiciera cosas que no quería hacer, porque yo lo que quería hacer era irme a un rincón a leer y veía injusto dedicarme a otra cosa». Cree que somos la primera generación que «se ha dado cuenta». En ese *darse cuenta* hay una revolución, un mundo entero. Nos dimos cuenta de que podíamos tener otra vida dis-

tinta a la de nuestras madres, y ya no hubo marcha atrás. «Mi madre decía que había que conformarse y toda mi vida es una afirmación de desclasamiento», dice Coixet.

Otra periodista, Olga Viza, una de las primeras mujeres en muchas cosas en el mundo de la tele, de los medios, del periodismo deportivo, me cuenta, tomándonos un té a media tarde en Barcelona, recién salida de una de sus múltiples colaboraciones periodísticas, que su generación «ha roto el libro de las normas. Venimos de una que vivió intramuros, que es la última transmisora del patriarcado». Y coincide con todas: fuimos las primeras que, mirando a nuestras madres dijimos: «Esta vida no la quiero». Hace poco, la escritora y guionista Elvira Lindo, charlando en el programa *La script* con la periodista cinematográfica María Guerra —que citaré a menudo en este libro, porque somos amigas y dedicamos muchas horas a contarnos la vida—, hablaba de esto también. Y coincidían en que nosotras quisimos romper con modelos, y que, ante la pregunta ¿qué es lo que quieres ser?, la respuesta era clara: «Lo que no es mamá».

La primera vez que vi claro que tenía este pensamiento me sentí culpable, cruel, desagradecida y, sobre todo, terriblemente sola. Hasta que, hurgando aquí y allá, descubrí poco a poco que centenares de mujeres sentían lo mismo y que, lo mejor, estaban empezando a decirlo con la boca grande y con la voz fuerte. No quiero ser como mi madre, decían. No quiero encargarme de la mayor parte de las tareas que mantienen la vida social, quiero saltarme las normas, actuar egoístamente. No sabíamos en cambio qué era lo que sí queríamos ser, no había ningún ejemplo en casa, ninguna imagen aspiracional. Hablaremos de esto ampliamente en el capítulo dedicado a lo maternal.

LA PRIMERA EN SABER QUE PODÍA DIVORCIARSE ALEGREMENTE

La ley del divorcio —la segunda en realidad, la primera fue en la República, en el 32, y duró solo seis años, hasta que arrancó la dictadura— se aprobó en 1981. Las mujeres nacidas en los años

sesenta nos casamos más tarde que nuestras predecesoras y en ese momento, en 1981, estábamos cursando carreras universitarias o estudiando BUP, que es como entonces se llamaba el bachillerato, que era mi caso. Yo no pensaba en casarme, claro, pero cuando lo hice, doce años más tarde, ni por un momento lo sentí como una condena. No fue una decisión meditadaísima, ni tuve la sensación de que aquello tenía que ser para siempre. Si la cosa funcionaba, bien; de lo contrario, puerta.

Charlé con la periodista Pepa Bueno, actual directora de *El País* (la segunda directora que ha tenido ese periódico, tras Soledad Gallego Díaz) sobre este asunto. «Cambia tu mirada cuando te abres a la vida en democracia», me dijo. Y esa es la clave, pensé. Llegamos a la democracia siendo crías y en general tuvimos madres que, viniendo de donde veían, estimularon que tuviéramos una vida propia. «Había leído mucho sobre el feminismo y mantengo un agradecimiento a las mujeres que nos precedieron. Me quedó la duda de si mi madre, que murió con 51 años, cuando yo tenía 17, tuvo un dolor íntimo por la vida que veía que íbamos a llevar sus hijas y que ella nunca llevó. La suya fue una vida cercenada», decía Bueno en su despacho luminoso. Por cierto, un incisivo. Conozco a Pepa personalmente desde hace bastantes años, hemos compartido cadena de radio y asuntos varios, sé de su manera de estar en el mundo. Pese a todo, al salir del despacho, y dejándome traicionar por el inconsciente le pregunté, «¿Qué tal lo llevas?». Me refería al peso laboral y personal que supone estar al frente de la dirección de un periódico como *El País*. «Bien —me dijo—, bien, muy bien, llevándolo, sin problemas. Cuando me lo preguntan siempre digo: “¿Esto se lo preguntabas a ellos, a los directores?”». Seguro que no, me dije un poco avergonzada. Yo no se lo habría preguntado a sus antecesores. Se lo preguntamos a ellas porque damos por sentada la debilidad, que vamos a ser más vulnerables a las presiones de todo tipo, que somos menos enteras, menos de hierro, con menos piel de rinoceronte. O quizá es que yo soy así aún, menos de hierro, vulnerable...

Pero volvamos al divorcio. Se aprobó, y durante los primeros seis meses siguientes apenas diez mil parejas se separaron legal-

mente, pese al revuelo que montaron los sectores más conservadores. Así que las protagonistas de este libro también fueron la primera generación en ser las hijas de padres separados, que entonces era un estigma, la verdad. Pero en el 2005 llegó el divorcio exprés y ese sí que ya lo transitaron sin penurias todas las que quisieron. Y los hijos lo vivieron con total normalidad en el colegio. Hoy, más de mil personas mayores de 70 años se divorcian cada año en España.

La escritora, guionista y exministra de Cultura Ángeles González Sinde (la vais a encontrar a lo largo del libro) recordaba hace poco el consejo que le daba una de sus abuelas cuando estaban a solas: «No te cases, ten amigos». Ella sonreía y callaba, desconcertada «porque su advertencia no cuadraba con la armonía y la enorme dependencia que percibía entre mis abuelos, inseparables desde los 14 años», decía. La niña Ángeles pensaba que, si no había escuchado nunca quejarse a su abuela, era porque estaba conforme con su vida.

Pero, evidentemente, no. Todo no. Aquellas madres, aquellas abuelas solo se conformaron con aquello que les había tocado. «Elegir compañero de vida a los 14 años, ¿cómo se hace? Tampoco había escogido ella dejar la escuela, ni ponerse a trabajar a los siete, cuando su madre, lavandera, la colocó porque hacía falta un jornal más». Y así, hasta el final. Pero nunca se quejó.

Yo diría que también fuimos las primeras en alzar la voz y decir basta, esto no me gusta, esto no lo quiero, esto sí, me piro, me quedo pero con estas condiciones, voy a cambiar de trabajo, de país, de pareja, de identidad, de formas de vivir. Voy a ser la primera en denunciar lo intolerable de mi vida, voy a decirle a mi padre que se levante él a por la sal, y a mi madre le voy a pedir que no calle, que se plante, que salga, que se siente, que soy mayor ya, que tiene que vivir un poco más. Como decía al principio, yo fui la primera persona (hombres incluidos) que se divorció de todo mi árbol genealógico. Casada por la Iglesia, para no contrariar a mi madre, y divorciada después. Y de izquierdas. Y periodista. Y desobediente. Madre mía.

LA PRIMERA EN DISFRUTAR LOS LOGROS Y LAS LUCHAS FEMINISTAS

La escritora Grace Payle tiene un libro fabuloso, *La importancia de no entenderlo todo*, en el que narra un encuentro con la madre de su marido, ya mayor, que merece la pena recordar.

Estaba enferma de gravedad, pero quería saber cosas. Una noche me preguntó sobre el movimiento feminista. Había estado hablando de ello con su mejor amiga, que también estaba muy enferma. Pensaba que era un asunto sobre el que yo sabría algo. ¿Qué era el feminismo? ¿Significaba que habría mujeres abogadas? ¿Trabajarían para mujeres? Claro, dije. ¿Les pagarían lo mismo que a los hombres? Esa era la idea, una de las ideas, le respondí, salarios iguales como mínimo. ¿Los hombres dejarían de manejar a las mujeres a su antojo? Con un poco de suerte, pero es posible que sea lo que más tiempo lleve ya que implica muchos cambios en los hombres. No les va a gustar un pelo, dijo. ¿La gente querrá tanto a sus hijas como a sus hijos? Quizá hasta más. Tampoco es eso, dijo por lo bajo. Y eso no era todo, le respondí. La mayor parte de las mujeres que yo conocía en el movimiento feminista no aspiraban a quedarse con una parte del pastel de los hombres. Les parecía que se pastel era un poco venenoso, tóxico y que guardaba armas, gases venenosos, todo tipo de residuos dañinos de los que no queríamos saber nada.

Por la mañana nos sorprendió bajando a desayunar.

«No he podido dormir —dijo—. He estado despierta pensando en lo que me contabas ayer. No he hecho una sola cosa en mi vida que no haya sido para un hombre. Arreglarme, salir, aceptar un trabajo o dejarlo, irme o regresar. O callarme, o ser simpática, detalles de ese tipo. He pasado la noche pensando en ti y en todas las mujeres jóvenes de las que me hablabas. No podía parar de imaginar las maravillosas historias que van a vivir».

Es precioso, ¿a que sí? Y eso que Grace nació en Nueva York en 1922, que era una sociedad distinta y esto debió pasar en los años setenta, cuando seguía siendo una sociedad distinta a la nuestra.

Buceando para escribir esta historia me he topado mucho con mujeres como la suegra de Payle, que tuvieron un feminismo intuitivo, mujeres que no sabían que eran feministas por dentro, mujeres respondonas cuando no se podía serlo, mujeres como la escritora bell hooks —sí, con minúsculas por deseo expreso de la autora—, con una voz propia, disidente, clara, no domesticada, como queda claro en su obra (y ahí va otra recomendación, este libro va cargado de ellas) *Enseñar a transgredir*.

Y ese viaje me ha hecho ver cosas. Por ejemplo, yo no tengo la sensación de haber tenido que pelear nunca por mis derechos, ni de haber participado activamente en la lucha feminista. Es más, creo que soy más abiertamente feminista ahora, a esta edad, que cuando tenía 30 años.

Y eso fue posible porque otras antes que yo allanaron caminos, se preocuparon de que el feminismo aumentara el placer y la alegría de las mujeres, no solo de disminuir sus desgracias, como dice Carol S. Walls: «No basta con alejar a las mujeres del peligro y la opresión, es necesario moverse hacia el placer, la acción, la autodefinition. Qué aventuras nos quedan por vivir». Me gusta esa obligación del feminismo, además de todas las demás.

Me siento representada en esta frase de la feminista Virginie Desportes, autora del famosísimo texto *Teoría King Kong*: «Durante muchos años estuve a miles de kilómetros del feminismo, no por falta de solidaridad y de conciencia, sino porque durante muchos años ser de mi sexo no me impedía hacer demasiadas cosas».

Comentándolo con colegas de profesión de mi generación, compruebo que, en efecto, nunca creímos necesario reivindicar el feminismo. Nos parecía una manera natural de estar en el mundo, la única por cierto, una especie de aventura colectiva que llevábamos a cabo por elección, pero que no nos causaba pesar ni desasosiegos. Sufríamos la falta de él en determinadas mentes, sí, pero no nos dábamos casi cuenta. Estábamos conquistando el poder, poco a poco, casi sin pretenderlo.

¿Y cuál fue uno de los mayores triunfos de ese feminismo del siglo xx, que recibimos hecho?: la coeducación. Un triunfo de su

talante y talento mediador, como dice la ensayista María-Milagros Rivera —autora de *El amor es el signo* entre otros libros feministas—, «del talento de las feministas de entonces para poner en relación dos cosas que antes no estaban en relación. La coeducación se propuso poner en relación a chicas y chicos, a mujeres y hombres en todos los niveles de la enseñanza reglada, o sea de la enseñanza que se recibe fuera de casa, pues en casa la madre enseña a hablar, enseña la lengua y con ella el orden simbólico a niñas y niños en espacios, aunque no en tiempos compartidos».

Yo, que me eduqué en un colegio de monjas hasta BUP; no fue hasta que cursé COU, en La Salle, cuando me encontré con una clase mixta. Y recuerdo el impacto, el asombro. Y la certeza, de repente, de que aquella mezcla era lo natural.

¿Y ahora qué? Pues ahora todo. Como me contó Bueno, «la revitalización del movimiento feminista la han hecho las jóvenes. No le voy a decir a esa generación cómo ser feminista, me encanta acompañarlas, en lo que comprendo y en lo que no. Las hemos criado diciendo que eran libres e iguales a sus compañeros de pupitre, nos han visto conquistar espacios de poder y ellas quieren conquistar la calle. Nosotras no nos cuestionábamos el progreso económico, se daba por supuesto que el siguiente trabajo iba a ser mejor. Esta generación tiene menos expectativas».

Por eso, creo, son más combativas, más fieras, más contundentes. Y a mí, como a Pepa, me encanta seguirlas, disfrutarlas en Instagram, en las redes, en los conciertos, en los relatos, defenderlas a muerte ante los cretinos, los *señores*, los estúpidos.

Mientras ultimo este libro, preparo la presentación en Valencia, esta misma tarde, de la última obra de Bob Pop, ese periodista cultural, esa *vedette* intelectual, como él mismo se ha llamado alguna vez. Se llama *Días simétricos* y es un dietario y una novela, y un bárbaro compendio de reflexiones propias y ajenas para contar el mundo. Una de ellas, del autor, me viene de fábula para acabar este apartado: «¿Hay feminidad tóxica? ¿Por qué debería, si lo que defiende el feminismo no son los privilegios, sino los derechos?».

LA PRIMERA EN DECIDIR SI QUERÍA SER MADRE O NO

Recuerdo las palabras de la periodista y escritora Leila Guerreiro sobre este asunto, cuando decía que nunca le conmovió la idea de parir:

Todavía me divierte el asombro que producen las palabras «no quiero». Hay quienes elaboran un consuelo. Mi caso es más simple: no quiero, nunca quise, no tengo ganas, ni siquiera pienso en eso todos los días. Ni siquiera pienso en eso todos los años.

Estoy rodeada de mujeres en esa misma situación, de 50 años, de 60. Mujeres que dijeron: paso, no voy a tener hijos, no me gustan los niños. Y la maternidad puede ser una opción. Tuvimos clarísimo que se podía elegir y decir no, y tuvimos clarísimo también, si decíamos que sí, cuándo iba a ser eso e incluso cómo. También fuimos las primeras en acudir a la fecundación *in vitro*, que se pudo usar en España a partir de julio de 1984, tras el nacimiento en el Institut Universitari Dexeus del primer bebé concebido mediante esa técnica, Victoria Anna Perea.

Y luego están las madres que sí, que efectivamente querían serlo pero que ya no estaban dispuestas a que aquello fuera una experiencia esclavizante, alienante para las mujeres. También fuimos las primeras en tener claro que la maternidad no iba a ser una profesión a tiempo completo. Y que podía ser soporífera, la Himalaya del tedio, que decía Doris Lessing.

Mi colega la periodista Begoña Gómez Urzaiz escribió el año pasado un libro estupendo que se llama *Las abandonadoras* y que narra, efectivamente, la historia de las madres que abandonan a sus hijos, ese estigma, ese algo incomprensible, brutal, que los hombres llevan haciendo toda la vida, sin que apenas hayan sido cuestionados. Entraremos en eso también en estas páginas. Pero ahora quiero detenerme en una de sus reflexiones. Ella, madre a sus cuarenta y algo de dos niños, no entiende un feminismo que no se ocupe también de lo maternal y coincide conmigo en que las de su generación también llegaron tarde

al feminismo «pero lo hemos compensado convirtiéndonos en las más ardientes evangelistas».

Voy a dedicarle un capítulo largo, largo, a la maternidad, a la no maternidad, a las estupideces que se han hecho y que se hacen en su nombre, al letargo que ha provocado en muchas mujeres, a las emociones complejas y controvertidas y contradictorias que ha suscitado, y de las que se ha empezado a hablar hace muy poco. A las mujeres de esta generación que se pusieron firmes en este asunto y que controlaron el tema, y que lo pensaron mucho y que tuvieron claro que lo iban a llevar a cabo sin renunciar a sus vidas, a sus profesiones, a sus batallas íntimas.

Nierga me explicó así su momento maternal: «Mi maternidad fue muy deseada, pero muy pensada. Con el reloj biológico encima, no encontraba a la persona y hasta que eso no sucedió no me decidí. Yo creo que el verbo que más nos define a las de esta generación es el verbo *escoger*, más que carrera, pareja, hijos...». Esto, escoger el momento, decidir si quería o no quería, es algo que se ha repetido en todas las conversaciones que he mantenido con mis iguales. Escoger, algo que la generación anterior no pudo hacer, entre otras cosas porque nosotras también hemos sido las primeras en abortar sin traumas.

Para Isabel Coixet la maternidad simplemente fue «una mochila más», que llevó con naturalidad. La misma con la que mantiene una relación con su hija, que es algo que me encuentro a menudo en buena parte de las mujeres de esta generación. Relaciones sin peticiones ni concesiones mayúsculas: nosotras nunca dejamos de ser quienes éramos por tener a nuestras hijas; y nuestras hijas son las personas que quieren ser, persiguen solo los sueños propios, y las intenciones de sus madres son o irrelevantes o un estorbo que van a quitarse de encima de un plumazo. No van a ser lo que son solo por complacernos, por cumplir las expectativas, por atenerse a lo que esperamos de ellas. Las hemos criado con toda la intención, con todo el empeño, para ser libres, independientes. Y lo hemos hecho bien, me parece a mí.

LA PRIMERA EN ABORTAR LIBREMENTE Y EN LA SANIDAD PÚBLICA

Poco después de que se despenalizara el aborto (sucedió en julio de 1985) acompañé por primera vez a una clínica privada, acreditada para estas intervenciones, a una amiga que no quería seguir con el embarazo. No recuerdo por qué no acudimos a la sanidad pública, puesto que, de acuerdo con la ley, podías interrumpir el embarazo en centros públicos o privados en las primeras doce semanas en caso de violación, en las veintidós primeras semanas en caso de malformaciones o similar, y en cualquier momento del embarazo si se aducía riesgo grave para la salud física o mental de la mujer embarazada. El caso es que allí fuimos. Recuerdo el mal trago, claro, pero no recuerdo haber pensado que mi amiga estaba haciendo algo mal. No recuerdo cargos de conciencia, ni culpas, ni malos rollos. Solo la certeza de que mi amiga tenía la libertad de poder decidir. De que si no quería ser madre, podía perfectamente no serlo. Y no alcanzo a imaginar cómo debía ser ese momento en un mundo anterior al mío, al nuestro, en jóvenes de esas edades, apenas diez años atrás, con una coyuntura radicalmente distinta, sin amparo médico, con malas miradas, con una carga mental mucho mayor, mucho más contaminada de prejuicios. Cabezas con dilemas morales tremendos. Mientras termino este libro, tras las últimas elecciones autonómicas de 2023, ha sido nombrada presidenta de Les Corts Valencianes María de los Llanos Massó, antiabortista —que siempre me sorprende esto, en el sentido de que son personas que no quieren abortar, cosa que me parece fenomenal, pero que, ojo, tampoco quieren que abortemos las demás, cosa que nunca he conseguido entender— y ultracatólica, algo que me produce desasosiego.

Apenas unos años después de aquella primera vez, ya en la sanidad pública, acompañé a otra amiga por el mismo motivo. Pese a que, como decía, aquella primera ocasión, con apenas 18 años, no la recuerdo como algo dramático, sí tengo la sensación de que mi amiga sufría de verdad, de que se sentía «en pecado»,

no tanto en el plano religioso como en el moral. La segunda la recuerdo mucho menos oscura: mi otra amiga y yo nos fuimos a comer a la playa después y paseamos y le quitamos hierro. Quizá influía el carácter de ambas, radicalmente distinto, las circunstancias personales o incluso el hecho de que, entre la primera y la segunda vez, ya hubieran pasado casi diez años desde la despenalización.

Veníamos de unas madres, o de unas hermanas mayores, que no pudieron usar este derecho (el aborto es un derecho, sí, recordémoslo), de unas madres para las que aquello era impensable. Ninguna de mis dos amigas lo contó nunca en casa; de hecho, vinieron a Valencia ambas, desde sus ciudades de origen, para ampararse en cierta clandestinidad. Para esconderse. Así estaban las cosas todavía. Pero, y ahí quería llegar, lo evidente es que el aborto legal lo tuvimos como posibilidad durante toda nuestra edad fértil, y eso condicionó absolutamente nuestra vida en pareja, nuestras relaciones sexuales, nuestra manera de estar en el mundo. Se acabaron los terrores que habíamos visto, oído, sobre los que habíamos elucubrado, respecto a un embarazo que no queríamos, a una maternidad —anticipada, además— que no deseábamos.

Pensé mucho en nosotras, las que sí pudimos, hace poco, al escuchar a la periodista Maruja Torres —yo diría que empecé en el periodismo porque quería ser aquella tipa tan distinta a todas que escribía en *El País*— con Jordi Évole, en una entrevista preciosa y dura, y bonita y cruda, hablar sobre su experiencia no maternal. Contó Maruja que si hubiese tenido marido e hijos no podría haber hecho la carrera que hizo en el periodismo, que nunca tuvo instinto maternal y que «cada cual puede elegir su destino. Yo aborté dos veces voluntariamente, que era algo que solo se podían permitir los ricos o los que pedían un préstamo, como yo». Pero la frase que más me gustó fue esta: «Imagínate que hubiera tenido ese niño. Pues a lo mejor habría sido una mala madre, en lugar de una buena periodista. Cada cual sirve para lo que sirve. Ya se reproducen los otros, oye».

La escritora Grace Paley, de la generación de Maruja Torres, explicó, cuando contó la interrupción de su embarazo, lo siguiente:

No me sentía mal por haber abortado. No sentí todo lo que la gente suele decir. A lo mejor he reprimido ciertos sentimientos, pero haber tenido un hijo en aquella época habría sido mucho peor para mí. Me asusté mucho, claro, y no es algo que una quiere hacer necesariamente, pero yo no lo veía tanto como un dilema moral o ético. Creo que no pensaba en el feto como en un niño hasta que no era de verdad un niño.

Tengo que decirlo porque, aunque intento olvidarlo, ahí está: junio de 2022, el Tribunal Supremo de Estados Unidos deroga el derecho al aborto. Una de las primeras personalidades en manifestar su rechazo fue la exprimera dama Michelle Obama, que en un comunicado en sus redes manifestó:

Estoy desconsolada por las personas de este país que acaban de perder el derecho fundamental a tomar decisiones informadas sobre sus propios cuerpos. Me rompe el corazón que ahora estemos destinados a aprender las dolorosas lecciones de una época antes de que [el caso] Roe contra Wade se convirtiera en ley del país, una época en la que las mujeres corrían el riesgo de perder la vida al someterse a abortos ilegales. Una época en la que el Gobierno negaba a las mujeres el control sobre sus funciones reproductivas, las obligaba a seguir adelante con embarazos que no querían y luego las abandonaba una vez que nacían sus bebés. Eso es lo que vivieron nuestras madres, abuelas y bisabuelas. Y, ahora, aquí estamos de nuevo.

Hubo más reacciones, por parte de actrices, de músicos, de artistas, de personajes de diversas disciplinas. Lo demás ya lo sabemos: la ley ahí está.

LA PRIMERA EN TENER MÁS DE UNA, DOS O TRES PAREJAS

El ideal de la monogamia se resquebrajaba —cuando esta generación empieza a tener relaciones sólidas el divorcio ya no es incipiente, es una opción consolidada, válida, a la que acogerse—, la armonía conyugal podía cuestionarse, y de pronto aparece la preocupación por la pareja, por ser feliz con ella, y por dejarla si no lo eras. Es verdad, seguía siendo visto como un éxito continuar en pareja, pero ya no era un mandato moral.

Y aquí llega otra vez el feminismo, que empieza a deconstruir el amor romántico, la familia tradicional, el matrimonio burgués. Estábamos empezando a cuestionar la educación recibida, ese patriarcado que no solo prohibía, sino que también seducía. Deborah Anapol, psicóloga clínica y una de las fundadoras del movimiento del poliamor en los ochenta, sostiene que la mayoría de las personas que hoy se identifican como monógamas practican lo que ella llama «monogamia serial»: múltiples relaciones monógamas sucesivas complementadas o no con algún *affaire* secreto cada tanto. Seamos sinceras, esto nos suena a todas.

Tamara Tenenbaum, la joven escritora argentina autora de un libro esclarecedor y ambicioso que se llama *El fin del amor. Amar y follar en el siglo XXI*, cuenta que «los matrimonios de antes no duraban a base de amores sólidos sino de hipocresía y desigualdad. Mi generación fue criada por otra que, a los tumbos, empezó a poner en acto los valores de la honestidad, la libertad y la igualdad. Nuestros padres eligieron divorciarse antes que persistir en matrimonios sin amor». Esos padres, esas madres son, somos, los protagonistas de este libro.

Hemos sido las primeras en disponer de muchos círculos de afecto, además de los de la familia de origen: los de la familia elegida, la extra, los de lo laboral. Además de una riqueza interior construida con los nuevos mimbres, que se nos han dado o que hemos tenido la ambición o el tesón de buscar. Y eso da mucha más seguridad.

Se acabó la mística de la feminidad (Betty Friedman, gracias), se acabó la salvajada que supone permanecer al lado de al-

guien con quien no quieres estar por las razones que sea. Este verano me leí, entre los miles de lecturas para preparar este libro, *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*, de Eva Illouz. Me fui hundiendo en las sombras, yo, que tengo una saludable vida en pareja desde hace más de veinte años. Illouz es una escritora y socióloga francoisraelí que está especializada en la vida emocional y su tesis es que «el capitalismo ha alimentado una intensa cultura emocional, favoreciendo el desarrollo de una nueva cultura de la afectividad». Illouz señala que las relaciones económicas son cada vez más emocionales y las relaciones íntimas se definen cada vez más por modelos económicos y políticos de negociación e intercambio. Y que este capitalismo emocional se apropia de los afectos y transforma las emociones en mercancías, «en una variedad de lugares sociales, desde la literatura de autoayuda, las revistas femeninas» y deriva hasta las nuevas formas de relacionarse socialmente que han nacido en internet. Así que si pensáis, como pensaba yo, que el capitalismo es frío, sin emociones, que está guiado solo por la racionalidad burocrática y es ajeno a los sentimientos, leed a Illouz y sufrid como yo. Hablaremos del amor, largamente, unas páginas más adelante.

LA PRIMERA EN ESTUDIAR CARRERAS UNIVERSITARIAS DE MANERA MASIVA

Lo decía al principio: yo fui la primera universitaria de mi familia. Y todas las de mi generación, si quisimos estudiar en la universidad, pudimos hacerlo. Eso sí que fue un cambio de paradigma. Democracia plena, mujeres que salían a la vida, los estudios como horizonte, sin referentes de mujeres que hubieran hecho lo mismo, con madres que habían estado en casa toda la vida. Ese fue el marco en el que las mujeres que, cuando la democracia era aún muy joven, tenían la edad para ingresar en la universidad, lo hicieron. Y, lo más importante, a partir de aquello, la posibilidad de ser independientes económicamente, sin vacilaciones. «Abrimos los ojos en una democracia y volamos solas con muchas co-

sas conseguidas. Cuando yo empecé la carrera de Periodismo me parecía que Franco estaba muy lejos», me cuenta Pepa Bueno.

Yo recuerdo a mi madre, abnegada, ama de casa, dedicada a los suyos en cuerpo y alma. La recuerdo acompañándome con amor absoluto (y a veces asfixiante) toda la vida, sin querer que me soltara de la mano en realidad. Pero también la recuerdo, de manera contradictoria a veces, de manera sutil, empujándome a hacer lo que quisiera en el asunto académico. El caso es que cuando decidí estudiar Periodismo la carrera aún no estaba en la universidad de Valencia. No hubo ninguna pega para que me marchase a Madrid, pero, si la hubo, los «peros» los puso mi padre —no por cuestiones económicas, eran otros recelos—, no mi madre. La recuerdo animándome frontalmente a estudiar la carrera, ella que no había podido estudiar nada, ella que había crecido en la guerra, en la postguerra y en la malditísima y oscura dictadura, que lo cercenó todo. Allí que me fui, pagada por mis padres, sin culpa, sin problemas, sin agobios. Una ciudad nueva, un entorno nuevo, tan distinto a mi colegio de monjas primero y de curas después, unos amigos insólitos, los primeros amores casi adultos, la carrera, el periodismo, los libros, la escritura, la risa, la fiesta, las ganas de todo, las ilusiones altas...

Todo eso lo viví con naturalidad, no era en absoluto consciente de estar siendo una pionera, de estar llevando a cabo nada heroico, nada especial. Pero sí recuerdo a mi madre al teléfono, ella en Valencia y yo en Madrid, escuchar mis cuitas, mis andanzas, con la misma atención con la que siempre lo había escuchado todo. Y con un añadido: con admiración, con mucha ilusión. Yo sentía que ella estaba diciendo: «Haz todo lo que yo no pude, venga, vívelo por mí». Y a partir de entonces todas y cada una de las posibilidades profesionales que se me han presentado las he tomado o dejado sin lastres, o al menos sin más lastres que los coyunturales. No aquellos estructurales de antaño.

Sé que esta realidad que yo viví es muy parecida a la de otras tantas mujeres de mi edad, amigas, colegas de profesión, porque casi todas aquellas niñas veníamos de la misma clase media. De los mismos hogares pequeñoburgueses en los que no faltaba de nada,

con padres que trabajaban fuera y que en casa eran perfectos analfabetos de lo doméstico, con madres que estaban a todo y para todos, a todas horas y en todos los lugares. Niñas crecidas en democracia, que nos hicimos adultas con una clara intención: vamos a tener el futuro que queremos. Somos, además, la primera generación que tuvo claro que no iba a estar siempre en el mismo sitio laboral.

Gracias a que inundamos las aulas, también hemos sido la primera generación de «mujeres mayores que está muy presente en la vida pública y en espacios de poder donde antes habían estado solo los hombres, porque las estructuras y las trayectorias en los consejos de administración, que es donde se reparte el poder económico, siempre ha tenido y tiene una mayoría de hombres», advierte Bueno.

LA PRIMERA EN ESTAR AL MANDO

Somos la primera generación que está más presente que nunca, somos la primera generación de mujeres que está en activo y tiene presencia en el mercado laboral de manera normalizada, me cuenta la escritora y guionista Ángeles González Sinde. «En la generación de nuestras madres eran minoría. No se nos puede borrar como se ha borrado a las mujeres mayores de otras generaciones. Y ojo, que esas mujeres de la generación anterior no han parado. Son las que han llenado los teatros, las conferencias, los museos, los conciertos, los hoteles del Imsero y muchos espacios más como gimnasios, academias, cursos, mientras nosotras trabajábamos y criábamos a nuestros hijos. A las mujeres no nos da vergüenza aprender, no nos da vergüenza decir yo de esto no sé y quiero aprender. Eso es una enorme ventaja en la vida. Nuestra curiosidad. No nos quedamos en casa. Y nos apoyamos unas a otras. Yo veo grupos de mujeres cenando en los restaurantes, viajando. Pero rara vez, por no decir nunca, he visto grupos de hombres maduros. Que no sean gais, quiero decir».

Estamos ocupando los mismos espacios que han ocupado ellos desde siempre, aunque, como dijo la antropóloga argentina

Rita Segato en una entrevista, «no somos iguales, no vamos a proceder con el mismo egoísmo, no vamos a comportarnos como un hombre, no vamos a ejercer el poder de la misma manera, ni a buscarlo, no vamos a organizarnos corporativamente como ellos, nuestra meta no puede compartir la episteme, ni los objetivos, ni el paradigma del patriarcado. No es mi preocupación hasta cuándo vamos a seguir cuidando, no forma parte de mi horizonte. Para transformar el mundo es necesario dar un tanto de grandeza, hay que pensar fuera de los mismos esquemas con que piensa el varón convencional»³.

Yo me siento parte de ese conjunto de mujeres de las que habla Rita, cuyo feminismo como una reivindicación de la alegría me interesa siempre. Mujeres que están al mando con un humor diferente del humor de los hombres. «El humor masculino es con víctimas sacrificiales. El hombre se ríe de alguien y nosotras podemos reírnos de nosotras mismas, tenemos otra forma de humor. Creo que somos más felices y que tenemos más capacidad de alegría y felicidad que los hombres. Es algo que ellos se pierden», decía Segato. Por cierto, descubrí a esta autora hace unos quince años, cuando preparaba mi doctorado en Literatura sobre el silencio y los textos sobre las mujeres muertas de Ciudad Juárez. Su libro *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez* fue importantísimo. Me impresionó su lucidez y lo avanzado de sus postulados y desde entonces la he seguido de cerca. Os aconsejo que hagáis lo mismo.

LA PRIMERA EN NO SER «EL ÁNGEL DE LA CASA»

La primera que habló de ese concepto fue Virginia Woolf. En la conferencia «Profesiones para mujeres», y anticipándose como siempre a todas las teorías, a todas las corrientes de pensamiento,

³ «Rita Segato: “México se ha juarizado”». Entrevista de Carmen Morán Breña para *El País* (2021, 3 de diciembre). En: <https://elpais.com/mexico/2021-12-03/rita-segato-mexico-se-ha-juarizado.html>

la Woolf soltó una maravillosa perorata que traigo entera aquí porque merece la pena escucharla, incluso ahora:

Mientras escribía descubrí que, si quería dedicarme a la crítica literaria, tendría que librar una batalla contra cierto fantasma. Y ese fantasma era una mujer a quien, al conocerlo mejor, le di el nombre de «el ángel de la casa». El ángel de la casa era encantador, carecía por completo de egoísmo y se destacaba en las difíciles artes de la vida familiar, sacrificándose a diario por los demás; jamás tenía una opinión o un deseo propio, y por supuesto era pura, la pureza constituía su mejor cualidad, y su mayor gracia era la de ruborizarse. En aquellos tiempos, los últimos de la reina Victoria, cada casa tenía un ángel. Desde las primeras palabras, proyectó sobre la página la sombra de sus alas y oí el susurro de sus faldas en el cuarto. En el instante en que tomé la pluma para reseñar la novela de un hombre famoso, se situó a mi espalda y murmuró: «Querida, eres una joven, escribes acerca de un libro escrito por un hombre. Sé comprensiva, halaga, engaña, emplea todas las artes y astucias de nuestro sexo. No dejes que sospechen que tienes ideas propias». Intentó guiar mi pluma, y como yo no tenía necesidad alguna de depender de mis encantos para vivir, me volví hacia el ángel y apreté su cuello con fuerza. Si no lo hubiera matado, él me habría matado a mí, habría arrancado el corazón de mis escritos. En ese momento supe que ni aun la crítica de una novela se puede hacer sin tener opiniones propias, sin expresar aquello en lo que creemos. Según el ángel de la casa, las mujeres deben servirse de su encanto y mentir si quieren tener éxito. Cada vez que percibía la sombra de sus alas o la luz de su aureola sobre el papel cogía el tintero y lo arrojaba contra él. Tardó en morir. Es mucho más difícil matar un fantasma que matar algo real. La lucha fue ardua y duró mucho tiempo, un tiempo que yo habría podido aprovechar para aprender gramática griega o para vagar por el mundo en busca de aventuras. Pero fue una gran experiencia, la misma que tuvieron que vivir todas las escritoras en aquellos tiempos. Pienso que pasará mucho tiempo antes de que una mujer pueda sentarse a escribir un libro sin que surja un fantasma que pueda ser asesinado, sin que aparezca una roca contra la cual corra el peligro de estrellarse.

Bien, pese a que Virginia dijo esto en 1931, cuando tenía 41 años (diez años antes de suicidarse a los 51), ese ángel del hogar que ella no quiso ser, que pudo no ser, sí fue en todas las casas americanas y europeas, y por supuesto españolas, durante décadas. Hasta llegar a la generación de las *sixties*, que ya ni siquiera lo dejaron entrar en casa, al dichoso angelito. Aceptó esa propuesta que había hecho la Woolf tantos años antes: «la resistencia a elegir entre estructuras heredadas e individualismo salvaje y aceptar que estas son nuestras únicas opciones». No eran las únicas, evidentemente.

OTRAS PRIMERAS VECES

La primera que se entiende mejor con sus hijas, que habla el mismo lenguaje, como ya hemos dicho, y por añadidura, la primera que piensa a veces en su vejez con cierta ternura, que no quiere que sus hijos la cuiden, no quiere bajo ningún concepto ser una carga, que da por sentado que va a haber cuidados más profesionales, más organizados, con *coliving*, con decisiones individuales, sin conmiseración ni infantilización. La primera en pactar con la soledad de manera honesta, en construir amores sólidos, relaciones de pareja igualitarias, conscientes, sin hipocresía y sin desigualdad.

La primera que ha llegado a la menopausia y ha visto claramente que les habían metido un miedo irreal en la cabeza. Ni llegan viejas, ni dejadas, ni solas, ni desahuciadas ni incapaces. Entraremos en esto más adelante con Carme Valls, médica y autora de un libro formidable, *Mujeres invisibles para la medicina*.

No todo es estupendo, claro, estas primeras veces también tienen un lado malo. Lo cuenta Deborah Levy (1959) en su libro *Cosas que no quiero saber*:

Se nos exigía ser pasivas pero ambiciosas, maternales pero eróticamente enérgicas, abnegadas pero realizadas: teníamos que ser mujeres modernas fuertes al tiempo que vivíamos sometidas a todo tipo de humillaciones tanto económicas como domésticas.

También hablaremos de eso. Seguidme todas, venga, que vamos a pasear largo por el mundo que habitamos. Ojalá se reconozcan en estas páginas no solo las protagonistas que las ocupan, también las otras, las venideras, las que están aún en la juventud total, que parece eterna.

★ ★ ★



QUÉ VER

PELÍCULAS

Mujeres al borde de un ataque de nervios. Pedro Almodóvar (1988)

Porque tiene a Carmen Maura como protagonista, a sus 43 años. Porque acerca el fracaso sentimental con rabia, pero sin culpa. Y el disparate atenúa esa sensación de que has nacido para el amor. Y el ambiente urbano, enloquecido. Y por los tranquimizantes sin culpa también.

SERIES

Anatomía de Grey. Shonda Rhimes (2005)

Última temporada, la decimonovena.

Porque es de Shonda, para empezar, una pionera en toda regla. Por su vehemente campaña contra la prohibición del aborto, un año después de la derogación por parte del Tribunal Supremo.

Una de las protagonistas, Cristina Yang, decide abortar dos veces en la serie: «No quiero un bebé, no lo deseo. No odio a los niños. Les respeto. Creo que deben tener padres que deseen tenerlos».

Rhimes, y el resto de las creadoras, ya construyeron sus tramas a favor del #MeToo, del #LiveBlackMatters o contra la violencia machista.

The Good Fight. Michelle y Robert King (2014)

Sin duda. Protagonizada por mujeres de esta generación, que no tienen, no necesitan a un hombre detrás. Que toman la iniciativa, que tienen voz, que son referentes. Que son valientes.

Olive Kitteridge. Lisa Cholodenko (2014)

Como retrato de una mujer triste y rabiosa. Como seguramente fueron muchas madres a las que les tocó vivir en un tiempo y una sociedad que no les acompañaba. Que les era hostil.

**QUÉ ESCUCHAR*****Yo no soy esa que tú te imaginas. Mari Trini (1971)***

De 1971, habéis leído bien. De educación francófila, cantando canciones de Edith Piaf, con sus primeros discos en francés, Mari Trini, bastante maltratada por la historia de la música, compuso y lanzó esta canción absolutamente revolucionaria para aquellos años. Ojalá más mujeres hubieran coreado su letra a gritos aquellos años.

Strong enough. Cher (1999)

«No necesito tu simpatía, no hay nada que puedas hacer o decir por mí y no quiero un milagro. Soy lo suficientemente fuerte para vivir sin ti», dijo la diva Cher animando a las otras a lanzar por los aires todos los amores malos, dañinos, a todos los tipos que no merecían la pena.

Y una más, por razones obvias:

Las chicas son guerreras. Coz (1995)

Este grupo de *rock* —formado por los hermanos Castro, que tiempo después compondrían Barón Rojo—, lanzaron esta canción mitiquísima que responde a una época: eran chicos jóvenes que ya no pensaban como sus padres. Pero, así y todo, seguían diciendo que «si las muñecas ponían la cadera a funcionar», el mundo se pone a girar.